

Retorno a la piedra  
Estudios sobre la poesía de  
Cesáreo Rodríguez-Aguilera

Rafael Alarcón Sierra (ed.)



Retorno a la piedra : estudios sobre la poesía de Cesáreo Rodríguez-Aguilera / Rafael Alarcón Sierra (ed.). -- Jaén : Editorial Universidad de Jaén, 2019. -- (Estudios literarios. Serie "El niño de la noche". Miguel Hernández y su tiempo ; 2)  
218 p. ; 17 x 24 cm  
ISBN 978-84-9159-259-4  
1. Rodríguez-Aguilera, Cesáreo 2. Crítica e interpretación I. Alarcón Sierra, Rafael , ed.lit. II. Jaén. Editorial Universidad de Jaén, ed.  
860-14

Esta obra ha superado la fase previa de evaluación externa realizada por pares mediante el sistema de doble ciego

COLECCIÓN: Estudios literarios

Director: Jesús López-Peláez Casellas

SERIE: *'El niño de la noche'. Miguel Hernández y su tiempo, 2*

© Autores

© Universidad de Jaén

Primera edición, octubre 2019

ISBN: 978-84-9159-259-4

Depósito Legal: J-736-2019

EDITA

Editorial Universidad de Jaén  
Vicerrectorado de Proyección de la Cultura y Deporte  
Campus Las Lagunillas, Edificio Biblioteca  
23071 Jaén (España)  
Teléfono 953 212 355  
web: [editorial.ujaen.es](http://editorial.ujaen.es)



[editorial@ujaen.es](mailto:editorial@ujaen.es)

IMPRME

Gráficas «La Paz» de Torredonjimeno, S. L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra».

## ÍNDICE

---

INTRODUCCIÓN .....	7
CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA: LO PRIMERO FUE LA POESÍA	
José Corredor-Matheos .....	15
LECTURA PERSONAL DE CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA	
Joaquín Marco .....	27
CESÁREO RODRÍGUEZ AGUILERA: “HAY QUE TERMINAR Y CERRAR EL CÍRCULO”	
Juan Pastor .....	43
UNA REFLEXIÓN PERSONAL SOBRE LA POESÍA DE RODRÍGUEZ-AGUILERA	
Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat .....	51
RAPSODIA Y FICCIÓN HONESTA PARA UNOS VERSOS DE CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA	
José Ángel Marín.....	59
EL MAGISTERIO DE RAFAEL PORLÁN EN LOS JÓVENES POETAS DE LA “PEÑA MIKRA”: UN EPISODIO CAPITAL DEL JAÉN DE LA REPÚBLICA, LA GUERRA CIVIL Y LA POSGUERRA	
Juan M. Molina Damiani .....	69

UN RECORRIDO POR LA TRAYECTORIA VITAL Y LÍRICA DE CESÁREO  
RODRÍGUEZ-AGUILERA

Rafael Alarcón Sierra ..... 101

POESÍA Y CIENCIA. CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA

José María Balcells ..... 153

## INTRODUCCIÓN

---

Este volumen colectivo, encabezado con el título del que quizá sea su mejor poema, recoge distintos estudios y aportaciones sobre la obra lírica de Cesáreo Rodríguez-Aguilera. La poesía fue su primera vocación, la más íntima y la que duró hasta el final de sus días. Analizar este aspecto de su obra era necesario, puesto que, a pesar de lo dicho, ha sido la menos atendida, siempre por detrás de su extraordinaria labor como crítico e historiador del arte de su tiempo y de su dedicación profesional a la judicatura.

La idea de este libro surge, como sucede con muchas de las mejores decisiones, a través del azar y de un diálogo informal, en torno a una copa, entre María Dolores Rincón, José María Balcells y quien esto escribe. Un primer escalón fue la mesa redonda que, a instancias del Vicerrectorado de Extensión de la Cultura de la Universidad de Jaén, coordiné el día 5 de octubre de 2018, con el título de *Cesáreo Rodríguez-Aguilera, poeta*, y en la que participamos José Corredor-Matheos, Joaquín Marco, José María Balcells y yo mismo, con la presentación de nuestra vicerrectora de cultura, Lola Rincón, y con la activa presencia de Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat, José Ángel Marín o Marta Torres entre el público. Ahí se confirmó nuestro primer propósito de dedicar

un volumen a estudiar la obra lírica de un jienense que tanto hizo por la cultura viva de las tierras de España.

Porque Cesáreo Rodríguez-Aguilera (1916-2006), quesadeño de nacimiento y jienense universal, es sin duda un miembro decisivo de la cultura española entre 1936 y finales del siglo XX; un puente de unión entre tierras diversas (Andalucía, Marruecos, Barcelona o Palma de Mallorca) y entre distintos ámbitos del saber (el derecho, las artes plásticas, la estética, la literatura, la ciencia o la política), siempre en el centro del debate y, con su buen hacer, nexo de unión entre creadores, editores e intelectuales de todas las disciplinas que practicó. En el corazón de esta trayectoria, como rosa de los vientos que refleja todas sus facetas, está precisamente su obra lírica.

La Universidad de Jaén, por su parte, es quien tiene el deber de ser motor de esta recuperación, en agradecimiento a quien donó su biblioteca, archivo y colección de arte a nuestra institución, y donde se ha creado la Fundación Cesáreo Rodríguez-Aguilera.

El presente volumen se inicia con una serie de capítulos escritos por quienes tuvieron la suerte de conocer a Cesáreo Rodríguez-Aguilera, que combinan su inapreciable testimonio biográfico con un no menos importante análisis de su obra, y se cierra con las aportaciones netamente filológicas de quienes no lo conocimos, pero apreciamos su obra como lectores y críticos. Todos tenemos la responsabilidad de legar su obra a las generaciones futuras.

José Corredor-Matheos, excelente poeta y crítico de arte, que se inició en estas últimas lides con el impulso de Rodríguez-Aguilera, uno de sus grandes amigos, analiza en su contribución las claves de su trayectoria vital y lírica, sobre las que, afortunadamente, no es la primera vez que escribe. Establece la importancia de su vocación poética como la más relevante de toda su obra intelectual, porque es la primera y la más íntima, late en todas las facetas de la misma y es la que más valora su autor. Destaca sus maestros (de Zabaleta a Porlán), su trayectoria

(desde Quesada a Barcelona), su contextura (un realismo simbólico que no excluye lo surreal), su intersección con las artes y con la ciencia, que da a su creación, sobre todo en el primer caso, una belleza de carácter plástico, y apunta algunos grandes valores de su lírica: “la necesidad de apertura, en conflicto con una conciencia de la existencia de límites”; la “unión de sensaciones muy personales, subjetivas, y otras surgidas del entorno, real o mental”; “un afán de perfección seguido de una sensación de descontento y una renovada ansia de intentar ir más allá”, o la importancia del tiempo: una memoria tanto del momento vivido como del recuerdo, que a veces es consuelo y a veces es devastación. Corredor-Matheos también destaca su compromiso con el movimiento en favor del retorno de la democracia, lo cual queda patente en sus versos.

Joaquín Marco, poeta, editor y catedrático de la Universidad de Barcelona, donde ha sido maestro de maestros, nos ofrece su lectura personal de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, destacando una obra poética diversa, siempre abierta a los interrogantes sobre el hombre y el mundo. Parte de su conocimiento personal del quesadeño en una Barcelona, la de los años cincuenta y sesenta, donde ambos coinciden en una perspectiva asimiladora de una cultura bilingüe que abarca literatura, arte, ciencia, política y amistad. En este contexto, Marco destaca varios motores de su creación: su espíritu liberal y su sensibilidad; la “atracción profunda por la estética”, “que invade cualquier forma de expresión”; “su amplia concepción del arte y del mundo”, que hunde sus raíces en un humanismo permanente; su inmersión en la esencia misma del ser humano y su existencia, “ya sea enigma o hecho histórico”. La “frecuente utilización de la poesía como salvación personal, sumida en la relatividad del escepticismo cuando el poeta relativiza la euforia creativa”; un pesimismo tamizado por la angustia existencial de la época; una escritura “cargada de misterios o enigmas vitales”, en parte confesional y siempre con un “sentido crítico de la realidad”. Desde el surrealismo de preguerra al irracionalismo de posguerra, Marco no deja de señalar los guías de esta lírica, desde Machado a Neruda, pasando por Zabaleta, Porlán o Miguel Hernández.

Juan Pastor, profesor y editor, sintetiza por vez primera la relación personal que, tanto a través de sus reuniones como de su intercambio epistolar, sostuvo con Rodríguez-Aguilera a partir de los años ochenta del siglo XX, en torno a un proyecto y objetivo común: el completo monográfico que la revista cultural *Devenir* dedicó al quesadeño en su primer número (publicado en enero de 1988). Pastor reconstruye todo el proceso, desde su planteamiento inicial hasta su presentación, y ofrece datos e información inédita al respecto, destacando la cercanía y calidad humana de Rodríguez-Aguilera, así como su riqueza intelectual.

Cesáreo Rodríguez-Aguilera de Prat, catedrático de la Universidad de Barcelona, hijo del escritor y jurista quesadeño, nos ofrece una impagable reflexión personal sobre la poesía de su padre. En ella recoge impresiones, recuerdos y vivencias en torno a distintas composiciones, lo que incluye el intercambio de pareceres con su creador. Su aportación va desde la memoria de varios poemas que fueron musicados y cantados en distintos actos públicos hasta el comentario principalmente de dos tipos de composiciones: las sociales (como “Carta a Miguel Hernández”, “Elegía a Patricio” y “El señor Presidente”), y las más íntimas y personales (como “Retorno a la piedra”, “El miedo” y “Oliva”), sobre las que escribe que son “una fabulación de vivencias reales de mi padre a propósito de su ensoñación con este referente que es, a la vez, literario y personal”. Su análisis concluye destacando el interés por la ciencia de Rodríguez-Aguilera, desvelando algunos datos importantes para la lectura de “La concreta poesía de los científicos”.

José Ángel Marín Gámez, discípulo del jurista (con el que comparte su dedicación al derecho y a la crítica de arte) y profesor de la Universidad de Jaén, miembro de las fundaciones Cesáreo Rodríguez-Aguilera y Rafael Zabaleta, aporta generosamente a este volumen la primicia de un texto inédito y original del quesadeño: “El poeta se divierte”. Son cinco folios que él mismo mecanografió, una tarde barcelonesa en torno a 1986, al dictado del propio Rodríguez-Aguilera, y que este empleó en la presentación de un libro, posiblemente de Pere Gimferrer, según recuerda Marín, donde su autor incluyó tres poemas suyos, de forma



íntegra y fragmentaria, desvelando en algunos comentarios su mecanismo y juego intertextual.

Juan Manuel Molina Damiani, poeta, ensayista y profesor, maestro de varias generaciones de alumnos y de escritores en esta ciudad, contextualiza el papel de Rodríguez-Aguilera como miembro del círculo de jóvenes poetas que se reunía en torno a Rafael Porlán en el Jaén de la República, la Guerra Civil y la posguerra. El propio Damiani se considera heredero de dicho grupo, según confiesa en su texto, que ofrece claves interpretativas y poemas de José Rus, Diego Martín Montilla, Rafael Palomino y el propio Rodríguez-Aguilera, para acabar con el maestro de todos ellos, Rafael Porlán.

El que esto escribe emprende un recorrido por la trayectoria vital, cultural, crítica y lírica de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, con el objetivo de establecer la importancia de la misma y, al mismo tiempo, de analizar sus claves lírico-estéticas (que dan forma tanto a su obra crítica como literaria) y realizar una ordenación de su obra poética. De este modo, he logrado sacar a la luz y ofrecer varios poemas desconocidos de su juventud, publicados tanto en prensa periódica durante la guerra civil como en *plaquettes* durante la inmediata posguerra. Son textos a los que nunca se refirió su creador una vez que alcanzó la madurez vital y literaria, pero que ayudan a explicar su evolución. Por la misma razón, junto a un análisis sintético, establezco la procedencia de cada poema, la composición y estructura de cada poemario y la migración de los textos de un libro a otro, de forma que en el futuro sea más fácil realizar una edición crítica de toda su producción lírica.

Finalmente, José María Balcells, catedrático de la Universidad de León y gran especialista en la poesía hispánica de todos los tiempos, cierra el volumen ofreciendo en su capítulo, “Poesía y ciencia. Cesáreo Rodríguez-Aguilera”, mucho más de lo que promete su título: no solo establece los lazos entre lírica y ciencia desde la Antigüedad hasta el momento presente, con el objetivo de analizar el significado de la misma (a menudo paródico) en la lírica de Rodríguez-Aguilera y, especialmente,

en su gran poema “La concreta poesía de los científicos”, sino que sintetiza y ofrece brillantemente nudos interpretativos de su entera singladura lírica, rastreando, por ejemplo, una metáfora petrarquista empleada por el quesadeño desde Quevedo hasta Bécquer y Neruda.

Solo me queda expresar mi agradecimiento a todos los participantes en este volumen colectivo y a sus futuros receptores, así como a María Dolores Rincón, junto al resto de miembros del Vicerrectorado de Extensión de la Cultura de la Universidad de Jaén. Del mismo modo, a los responsables de la editorial de la Universidad de Jaén, a quienes pertenecen los méritos de lo que el lector tiene ahora entre las manos.

Rafael Alarcón Sierra



Al buen amigo  
Cesar R Zabolita Quisada 1994

[Figura 1]: Retrato de Cesáreo Rodríguez-Aguilera dibujado a lápiz por Rafael Zabaleta, reproducido al comienzo de Cesáreo Rodríguez Aguilera, *Sáhara de la vida*. Poesía, Jaén, Imprenta y Papelería Mas (Colección “Al Verde Olivo”), 1948. Fundación Cesáreo Rodríguez-Aguilera.

## CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA: LO PRIMERO FUE LA POESÍA

---

José Corredor-Matheos

Son muchos, acaso la mayoría, los escritores que se han iniciado como poetas. Luego, continúen esta tarea o no, la dejen en segundo lugar o la sigan practicando en cierto secreto, la poesía sigue gravitando sobre ellos, enriqueciendo sus otras actividades literarias. Cesáreo Rodríguez-Aguilera escribió poemas de manera discontinua. Él mismo se refirió a sus primeras aproximaciones a la poesía en el texto titulado “Justificación”, que encabeza su libro de poemas *De un lugar a otro. Cesáreo Rodríguez-Aguilera* (Barcelona, Editorial Lumen, 1973): “Es en la adolescencia [...] cuando acostumbra a presentarse —si es que se presenta— la poesía”.

Uno de los primeros apoyos que recibió de persona que leyó sus poemas y le orientó en este ámbito fue su paisano Rafael Zabaleta, que sería famoso pintor, quien, además de convertirse en factor clave de su comprensión del arte, le dio a conocer a los primeros poetas surrealistas franceses y otros escritores españoles que guardaban relación con ellos, como Federico García Lorca y Ramón Gómez de la Serna. Personaje clave en este sentido fue también Rafael Porlán. “Poeta —comentaría Ángel Crespo en su prólogo a la *Antología breve* de Rodríguez-Aguilera (Barcelona, Plaza & Janés, 1986)— que le ayudó a completar su ini-

ciación literaria. Poeta de la llamada generación del 27 —continuaba Ángel Crespo—, Porlán viajaba todos los años por Europa, sobre todo por Francia e Inglaterra, y unía el atractivo de una obra a la que todavía no se ha hecho justicia, el dimanante de una experiencia cosmopolita y una información cultural que se revelaron como preciosas para ‘su corte de contagiados poéticamente’, entre los que terminó por encontrarse Rodríguez-Aguilera”.

El torbellino que supuso la Guerra Civil y los primeros años de la posguerra para la vida de Rodríguez-Aguilera y las de muchos otros españoles interrumpió su recién iniciado camino poético. A esta afición se sumaría su interés por la pintura, en la que el faro fue el ya citado Rafael Zabaleta, de Quesada como él. Pero el fuego sagrado que es la poesía no quedó apagado. Él mismo ha recordado cómo recuperó muchos de sus primeros poemas, gracias a su amigo Rafael Palomino. Se refería, sin duda, a los poemas que en la citada antología *De un lugar a otro* la encabeza en un grupo titulado “Jaén 1936-1945”. El primero de estos poemas, de 1936, se titula “Canto” y está escrito en plena comunión con la tierra de Quesada:

Nos ha dejado agosto  
sus dientes amarillos  
y un color más oscuro  
invade nuestras manos.

Hay en estos poemas una tierna entrega a la naturaleza de una tierra que se siente propia. No se trata, desde el principio, de un realismo tradicional, sino que los versos se desarrollan en un simbolismo que tiene ya cierto soplo surrealista.

Rasgo clave de su poesía que se desarrolla en poemas posteriores es la necesidad de apertura, en conflicto con una conciencia de la existencia de límites. También una unión de sensaciones muy personales, subjetivas, y otras surgidas del entorno, real o mental. En el mismo poema “Canto” leemos:

Lleva el cáliz de otoño  
en un oro vibrante  
el fervor desprendido  
de mi joven ceniza.

El poeta se presenta como joven y nos dice, ya en “Entrega”, que “el milagro quemaba / nuestra fe adolescente”, y nos habla del beso en el que “se oculta el infinito”. Y se revela algo que todo verdadero poeta sabe: que “El instante es eterno”. Ya en aquellos versos primerizos encontramos algunos inequívocamente surrealistas. Lo que aletea en el fondo es un afán de perfección seguido de una sensación de descontento y una renovada ansia de intentar ir más allá.

El tiempo, tema central en la obra de todo poeta —incluso en aquellos, raros, que como San Juan de la Cruz, lo han trascendido, por altísimo logro—, está presente en Rodríguez-Aguilera. El tiempo, destructor. Así, en el poema “Deseada estancia”, se ve “envuelto de piel extraña, con sabor a escombros”, y nos dice que su chaleco “se ha quedado / en el minuterero de un reloj triste”.

\* \* \*

Relevante para la obra de este autor es su llegada a Barcelona, en 1946. Después de su paso, como juez, por el Marruecos entonces español, este paso de su vida tiene especial interés. Cambian el paisaje, los estímulos, los temas que le atraen. Pero lo es más aún por los muchos atractivos de la gran ciudad, por las personas que conoce y por la extraordinaria aceptación con que es recibido por la cultura barcelonesa y catalana en general. Su actitud ante los especiales rasgos de esta cultura despierta el interés y ante ella dará muestra de su amplitud de criterio y su comprensión. Esta se manifestará, sobre todo, por su dedicación al estudio de las artes plásticas. Los poetas barceloneses que escribían en castellano con los que tuvo más relación fueron Rafael Santos Torroella, Manuel Segalá, Julio Garcés y Juan Eduardo Cirlot. Será también bien aceptado por el grupo de Carles Riba, que es en aquellos momentos la figura

principal de la poesía catalana, y por Josep V. Foix, el poeta que será más adelante el que alcanzará mayor reconocimiento. Muestra de que la poesía seguía viva en él es su presencia en el Congreso Internacional de Poesía de 1953, celebrado en Salamanca. En el libro publicado con este motivo, que recogía poemas de los poetas participantes, se halla uno de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, titulado *Cielo París 1953*, escrito en este año. Es un auténtico cántico, entusiasta, a la capital francesa, que acaba:

París es usted y yo  
y este y ese y aquel,  
La parte y el todo.

Ciertos poemas han alcanzado excelente desarrollo, con versos lúcidos, hondamente sentidos. Algunos son de cierta extensión y acaban formando un ciclo, como en *Oliva*, que en 1973 se completa definitivamente, con cuatro partes: “Saludo a Oliva”, “Ausencia de Oliva”, “Carta a Oliva” y “Adiós a Oliva”. Este largo poema interesa especialmente porque resume los rasgos de la obra de este autor. Alcanza el poeta verdadera madurez en el conjunto de su producción y tiene momentos de gran belleza. Una belleza, añadiría, de carácter plástico, por inclinación personal a la pintura y su dedicación a la crítica de arte, y por su condición de coleccionista. Curiosamente, más por la forma que por el color. Y esa belleza y esa plasticidad no son artificiosas: podríamos decir que no solo por su sencillez y naturalidad, sino por la presencia de la naturaleza. Es, esta, inclinación que advertimos a lo largo de toda su obra. La hallamos en las impresiones del momento y en los recuerdos que acuden a la mente. Memoria que es también presente:

Se acumulan recuerdos  
para seguir  
y no es extraño que un día  
como el de hoy de diciembre de 1968  
nos acompañe una flor  
[...]  
junto a la fresca yerba  
de bellos pueblos perdidos...



En el ansia de llegar lejos, en la recuperación de un pasado que es también colectivo, el verso, siguiendo el camino marcado por Antonio Machado, se adentra en el misterio:

Ahora se percibe algo así  
como un raro instinto  
remoto,  
remotísimo,  
que hace soñar  
amorosamente  
en nuestra antepasada  
la piedra.  
Qué gran silencio,  
qué eternidad  
la suya...  
En ella confío  
y a ella me dirijo.

La piedra y la tierra, naturaleza anclada en la eternidad, que por su permanencia y su absoluta autenticidad adquiere un valor en el que se puede confiar y al que nos podemos asir. “Ariadna —a la que canta en el poema así titulado— es / tierra en que muero / o me disuelvo / día a día / pero también / fruta tersa / de remotas tentaciones”. Este amor y esta identificación con la naturaleza guardan relación con el regreso a los orígenes y, en cierto sentido, a la inocencia. Como expresa al final del poema “Circo”, “el milagro mayor: / el retorno del hombre / a su niño / paraíso perdido”.

\* \* \*

La relación entre la obra y la vida de un poeta, resultando significativa y algo ineludible para el estudioso, no la veo tan estrecha, tan profunda, como la veía mi admirado y gran amigo Ángel Crespo. Y, habiendo sido tan larga y profunda nuestra amistad, siento no haber tenido ocasión de hablar con él de este tema. En su extenso e importante prólogo a la *Antología breve* de Rodríguez-Aguilera hace suya la afirmación de Louis

Parrot en su estudio sobre Paul Éluard de que “Un estudio sobre un poeta no debería tener otra finalidad que la de reflejar fielmente, no reproducir más que una sola imagen de su vida y de su obra íntimamente fundidas. La menor indicación sobre la vida de un autor, o sobre las circunstancias en que ha sido escrita su obra, ilumina con más seguridad un texto que los más sabios comentarios”.

Recordemos la oposición que hizo Proust a la afirmación de Sainte-Beuve de que para conocer la obra de un escritor era necesario conocer bien su vida. Sin duda, la información sobre su vida puede aclararnos aspectos de la obra de un poeta, al igual que sobre cualquier otro artista. Pero, en mi opinión, como ya he manifestado en anterior ocasión, estos aspectos se referirán a las capas más externas, superficiales o intermedias de la obra, pero no las más profundas. Porque, admirando tanto a Homero, ¿qué conocemos de su vida, si ni siquiera se sabe si se trataba de un solo aeda o de varios? Y, en el caso de Shakespeare, no está claro quién fue el verdadero autor, puesto que se discute si fue realmente él, Johnson o Marlowe. ¿Y qué importa, si los personajes y las situaciones de sus obras nos emocionan profundamente y nos hablan de la entraña del ser humano?

Lo que más importa de un poema es la emoción que nos produce, y descubrir por qué razón circunstancial, o por qué motivos, forma parte evidentemente de la tarea del crítico, pero no nos explica la profundidad y lo que se consigue expresar en la obra. Por lo tanto, nos interesan mucho las consideraciones que hace Ángel Crespo sobre las relaciones entre la vida y la poesía de Cesáreo Rodríguez-Aguilera, pero nos interesa aún más lo que dice directamente el gran poeta y estudioso de la poesía cuando nos hace notar y sentir los valores más profundos y significativos de la poesía, en este caso de Cesáreo Rodríguez-Aguilera.

\* \* \*

El poeta que nos ocupa se mostró siempre discreto y humilde cuando se refirió a su poesía. Lo confirman palabras de un escrito titulado “Paseos

con Antonio Machado”, que incluyó en su *Antología breve*: “Hablemos modestamente de poesía. Como de todo. Pero persigamos la cosa del modo más firme y decidido. Necesitamos finos aires de sierra; no perfumes narcóticos. Porque es preciso madrugar para el trabajo y para la caza. El mañana (esa mañana que ya es hoy en nuestra poesía) bien pudiera ser un retorno a la objetividad, por un lado, y a la fraternidad, por el otro. Bandera o programa que también pudo escribir en la pizarra el señor Pérez. Sueño humano, demasiado humano. Aunque desde él se miren señas que se quieren próximas, a orillas del gran silencio”. Esto lo escribió el poeta Cesáreo Rodríguez-Aguilera bajo la dictadura franquista, cuando la mayor parte de poetas se levantaban a favor de la libertad y a favor de las capas más humildes de la sociedad.

Cesáreo fue uno de ellos, personalmente comprometido con el movimiento en favor del retorno de la democracia, también como juez. Actitud que se refleja sobre todo en poemas de los años sesenta y setenta. Pero ya en 1952 había escrito una “Carta a Miguel Hernández”, en la que hablaba de lo que tiene el gran poeta de símbolo en aquellos momentos y de “aquella tierra nuestra y aquel pueblo / donde se ama a Dios sin teología / y se canta la siega y la aceituna / con la voz del pan y la cebolla / curtida en el zurrón”. En otro poema se canta a Lumumba, otro símbolo sacrificado por los enemigos de la democracia y la libertad. Símbolo, en este caso, de la recuperación de la libertad de los pueblos africanos: “Tu palabra / de hijo de esclavo / tenía demasiada luz. / Se vio demasiado pronto / que eras bandera flamante”.

Y, como en otros momentos de su trayectoria, vuelve la vista a la infancia y a su tierra natal, al pueblo de Quesada. Y canta a lo más sencillo, lo felizmente, turbadoramente, natural:

Aquel mundo era  
el seno materno todavía.  
Me rodeaba su tacto  
su calor envolvente  
sus amorosos susurros.

El poema se titula “Retorno a la piedra”, y la piedra, tema recurrente en su poesía, símbolo de lo auténtico, lo natural, lo profundamente propio, es algo a lo que se ha de retornar, sabiendo que siempre está dentro de ti. Es de donde has venido y adonde has de regresar. Y el poema, uno de los suyos más extensos, concluye:

Ahora se percibe algo así  
como un raro instinto  
remoto,  
remotísimo,  
que hace soñar  
amorosamente  
en nuestra antepasada  
la piedra.  
Qué silencio,  
qué eternidad  
la suya...  
En ella confío  
y a ella me dirijo.

Me referiré, por último, a otro capítulo, breve, pero que sentía con fuerza y defendía a todo tipo de objeciones: su interés por relacionar la poesía con la ciencia. El largo poema que dedicó a este tema se titula “La concreta poesía de los científicos”, del que hizo dos versiones, que fueron traducidas al inglés: la primera, por José Ferrater Mora, y la segunda, por Elaine Kerrigan. Él consideraba que la poesía y la ciencia tienen semejantes objetivos y su poema mostraba esa relación. Existen ya clásicos ejemplos de aproximaciones o identificaciones como la del poeta romano Tito Lucrecio Caro, en *De rerum natura*. A pesar de lo discutible que pueda resultar esta identificación, existen evidentemente semejanzas, sobre todo no buscadas por parte de los científicos. Y son ya muchos los científicos, sobre todo los físicos cuánticos, que afirman que la situación en que operan es, en lo fundamental, como aquella en que se encuentra el poeta y cualquier otro creador artístico. Recordemos que el físico Erwin Schrödinger afirmó que “eternamente, y siempre, no

existe más que ahora, un único y mismo ahora. El presente es lo único que no tiene fin". Son también muy contundentes en este sentido las siguientes palabras de otro gran físico, James Jeans: "La moderna teoría científica nos obliga a pensar en el creador trabajando fuera del tiempo y el espacio —que son también parte de su obra creadora—, lo mismo que el artista". Más recientemente se ha divulgado la frase de ciertos físicos cuánticos de que "el mundo es invención de la mente".

El caso es que Rodríguez-Aguilera consigue, por su parte, hacer poesía en esta aventura poética tan poco frecuentada. Y podemos comprobar que cuando lo consigue, seguro que sin proponérselo, es cuando constata también esa incapacidad de la ciencia. Así cuando confiesa que ha buscado en todo el universo sin encontrar explicación alguna:

... sin ánimo de juicio  
ni obligación de algo o de alguien,  
Dios o Nada o Causa Primera,  
sobre cuyo vacío o silencio  
descargar las acciones,  
el destino  
o la ignorancia  
de los hombres.

\* \* \*

La poesía de Cesáreo Rodríguez-Aguilera es un capítulo de una obra amplísima, en la que cuenta su labor como crítico de arte, ensayista, magistrado y teórico de la jurisprudencia. Pero cuando te adentras en sus versos percibes que es, de ella, capítulo esencial. Podríamos decir que, en cuanto a compromiso íntimo y a importancia para su autor, el más relevante. Es además el que late más hondamente en los demás capítulos, puesto que es el que valora más. Este encuentro sobre el Cesáreo Rodríguez-Aguilera poeta, organizado por la Universidad de Jaén, es, no solo oportuno, sino necesario para conocer y apreciar debidamente lo que escribió como poeta y lo que significa su poesía en el conjunto de su aportación a la cultura y a la sociedad.